

A media noche se apaciguó la formenta: el cielo se serenó, cesando el viento; pero el bergantín no cedió en presteza. La aurora empezó al fin á tender por Oriente su ligero velo de rosa, y el capitán fué diciendo sucesivamente:

—¡Isla de Prócida! ¡Bahía de Nápoles! ¡Castillo del Huevo! ¡Muelle del Gigante! ¡Embarcadero! ¡Hemos llegado, señor caballero!

IX

El bote se deslizó sobre sus garruchas; un marinero, tomando en brazos al caballero, descendió por la escalera de cuerda con la agilidad de una culebra, dejándole en el bote, y cuatro golpes de remo fueron suficientes para llegar al puerto. Una vez allí, Juan fué depositado en tierra, y recordando su deseo se dispuso á interrogar al turco; pero éste saludó á su pasajero, intentando volverse.

—¡Deténeos un momento!—dijo Juan—Aún tenemos que arreglar un asunto.

—Mi servicio ha terminado, y no tengo obligación de oír charlas inútiles.

—Es que para mí es un asunto de la mayor importancia.

—*¿Mi non haber cumplido mi deber?*—preguntó el turco.

—No he dicho eso; pero tengo necesidad de saber las condiciones del pacto de la Camarga.

—*Tempo vindrá qui instruirá. La bella Hydora te ilustrará.*

—Eso es precisamente lo que deseo saber: dónde hallaría á la ninfa de las aguas.

—*In salina, in laguna.*

—Sí: en todos los países hay salinas y pantanos; pero quiero saber en qué condiciones vendí aquello que sabes.

—*Por condición pagar rescate.*

La barquilla subía ya al barco, y éste se dirigió á Sicilia por el estrecho de Campanella.

—Decididamente, Potamogeiton se burla de mi juventud. Sólo el tiempo me dejará saber esas condiciones.

Unas cuantas horas de trato con los napolitanos hicieron saber á Juan que en Italia se concede la misma importancia al dinero que á los títulos; y como para el que habla el *patois* provenzal y el catalán, el italiano y el español son fáciles, pronto pudo entenderse con todos: tomó una casa en la hermosa calle de Chiaia, y en pocos días se puso al corriente de las costumbres del país. Se supo que esperaba al embajador de Francia, y los jóvenes buscaron su compañía con esa facilidad de costumbres que hace de los italianos el pueblo más amable del mundo.

La noticia de que llegaba una escuadra española apaciguó á más de la mitad de los revoltosos; el virrey entró en la ciudad, y todo pareció tranquilizarse. Una mañana los cañones del fuerte de San Elme y del Castillo del Huevo saludaron la entrada de la flota en la bahía de Nápoles; el pueblo corrió á los muelles, y Juan, siguiendo la ola popular, se encontró en el sitio donde desembarcaba el embajador. Los penetrantes ojos del mariscal se fijaron en él al momento.

—¡Vos aquí!—le dijo;—¿y en traje de hidalgo?

Parece ser que no habéis perdido el tiempo desde que nos encontramos en la hostería del Pino. Dos clases de gente me agradan sobremanera: los diligentes y los resueltos. Desde este momento pertenecéis á mi casa; venid á verme mañana apenas me levante. Sin duda, me alojaré en el Palacio Real, y daré vuestro nombre á los ujieres para que os dejen pasar.

El mariscal escribió en una tablilla el nombre del caballero de Cerdeña, y subió en una de las carrozas de la corte. El señor de Marchín poseía las cualidades que apreciaba en los demás. Era resuelto y diligente. Cuando al día siguiente Juan le relató brevemente el suceso que le había convertido en hidalgo, el embajador, sin sorprenderse, fué derecho al fin, fijando el empleo y el sueldo de su agregado.

—Joven—le dijo,—cualquiera que sea la facultad particular que os proporciona el don de la adivinación, he visto sus resultados; vuestro aviso fué bueno, y los acontecimientos han justificado vuestra predicción. He logrado que nombraran camarera mayor á la princesa de los Ursinos; cosa que convenía mucho al rey y á madama de Maintenon. Vos sois mío, y si tengo alguna misión secreta que desempeñar donde se precisen discreción, penetración ó energía, me acordaré de vos.

—Estaré presto, señor mariscal—repuso Juan.

—No tenéis cara de hechicero—dijo el mariscal;—debéis de tener, pues, una doble vista natural. Si aún tenéis el don de ver formas humanas en el agua, buscad el rostro de las personas que infaliblemente se apoderarán del ánimo de la reina de España mientras Felipe V esté ausente. Aunque temo que serán los franceses, me gustaría saberlo.

Al dejar al mariscal, Juan sintió que la inquietud

turbaba su alegría y esperanzas. La perspectiva de encargarse de improviso de un asunto delicado en servicio del rey, le inspiraba serios cuidados. Poco ducho en política y con el corazón tan candoroso aún como cuando era niño de coro, sentíase caer en un abismo peligroso, comprendiendo que con sus diez y ocho años y su ignorancia sería un mal diplomático. Sin embargo, después de quince días de espera, no viendo llegar lo que tanto temía, empezó á desearlo.

¡Así es la naturaleza humana!

Nuestro caballero se paseaba solo un atardecer bajo los árboles de la Villa Real admirando la pinforesca cima de la roca de Capri, envuelta en su banda azul pensando que el incidente de la hostería del Pino valía más que todas esas comisiones que no se sabe cómo acabarán, cuando un personaje envuelto hasta los ojos en su capa pasó cerca de Juan al doblar una obscura calle de árboles, y pronunció á media voz y en tono misterioso estas palabras: ¡*Carlo Leopoldo!*

El desconocido se detuvo un momento, y, no recibiendo respuesta, echó á correr. Juan tomó á aquel hombre por un ente original. Pero, pensándolo mejor, creyó que debía de tratarse de una conspiración; y á fin de asegurarse, cuando vió llegar á otro desconocido semejante al primero, sin esperar á que le hablara, le dijo á tres pasos de distancia:

—¡*Carlo Leopoldo!*

—¡*Vico-Carminiello!*—repuso el que pasaba.

—¿Qué noticias hay?—preguntó nuestro caballero.

El desconocido tomó á Juan del brazo, y le llevó bajo la arboleda.

—Todo va bien—dijo:—esta mañana han llegado más de cien conjurados; mañana vendrán otros tantos, y veinte familias importantes de Nápoles, compromete-

tidas también, nos darán ocasión de matar al Rey. A media noche nos reuniremos en esa callejuela llamada Vico Carminiello. No faltéis; os lo encargo: se os dará un hábito para disfrazaros de fraile, armas y el nuevo santo y seña con las demás instrucciones.

—No lo olvidaré—repuso Juan;—á media noche.



E internándose bajo los árboles...—Todo va bien—lijo.

El joven rey Felipe V era un príncipe apático, de costumbres tranquilas y de carácter poco en armonía con el lugar donde le habían colocado las circunstancias de su nacimiento. Si su abuelo Luis XIV no hubiera gastado el dinero y la sangre de Francia con una profusión verdaderamente real por conservarle la corona, no habría ocupado más de dos años el trono de España. Una vez apaciguada la sedición de Nápoles, se mostraba al pueblo sólo por complacerle; y á pe-

sar de su extraño humor, daba espléndidas fiestas, á las cuales no acudía más que un momento, sintiendo separarse de su mujer y salir de su tranquilidad. Las guerras de Europa le producían más pesar que espanto, aunque no puede decirse que era cobarde por ningún concepto.

Erán las diez de la noche cuando Juan llegó á casa del Mariscal Marchán, que cenaba en aquel momento.

—Señor—dijo,—en tanto que hablo, pensad lo que debéis hacer: va en ello la vida del Rey.

Y Juan contó la aventura ocurrida en Villa Real, la manera como había sabido el secreto de los conjurados y el lugar de la reunión.

—Amigo mío—dijo el mariscal dejando su cena y levantándose,—si otro que no fuerais vos me trajera esa noticia, tomaría más informes; pero vos tenéis una suerte especial: vamos á ver al Rey.

Como la habitación del embajador estaba en el mismo palacio real, llamó á un ujier, á fin de que solicitara audiencia de Felipe V para un asunto que no admitía demora, y minutos después se presentó un paje para conducirlo al gabinete del Rey. El embajador entró solo, dejando á Juan en la antecámara; pero antes de que transcurriera un cuarto de hora, un ujier invitó al caballero de Cerdeña para que entrara á su vez, hallando al Rey sentado delante de una mesa, en la cual se apoyaba con negligencia, algo adormilado. Cuatro caballeros le acompañaban; dos que despachaban los asuntos del gobierno, el señor de Louville, brigadier del ejército español, y el embajador de Francia.

—Si todo eso no es fábula—dijo el Rey,—veo claramente que la corte de Viena engaña á los italianos prometiéndoles la independencia del reino de Nápo-

les; pero me parece difícil creer que haya quien intente asesinarme después de haber colmado al pueblo de gracias, perdonado sus injurias y dado mercedes hasta á los más culpables. Me repugna tener que castigar, cuando he venido sólo á perdonar.

—Vuestra Majestad va á comprender en un momento que el golpe viene de más lejos; lo dirige la casa de Austria. Después, si le place ser clemente con los italianos engañados ó seducidos, se colmará de gloria.

El mariscal, al hablar así, indicó á Juan que se acercara, y le suplicó que relatara los incidentes de su aventura. Los dos españoles hablaron al Rey en español mostrando gran calor.

—Veo, en efecto, que la cosa es seria—dijo el monarca.—Dad órdenes para que cerquen al momento la calle indicada: vos interrogaréis á cuantas personas se detengan; pero no quiero torturas ni suplicios. Como es preciso obrar sin dilación, dejaremos ahora nuestra correspondencia, señores, y la reanudaremos en otra ocasión.

El señor de Marchán hizo una reverencia al Rey, y salió, seguido de Juan. Después le dijo:

—Permaneced en vuestra casa, caballero, y no salgáis hasta que os llamen para ser testigo.

No fué necesario, sin embargo, el testimonio de Juan para saber la verdad; los jefes de la conspiración, arrestados en una casa de Vico Marminiello, confesaron la verdad. A eso de la una, un lacayo del embajador se presentó á buscar á Juan.

—Estáis de suerte, joven; los lo aseguro—dijo aquél.—Mañana ocurrirá un acontecimiento inesperado, que sonará en toda Europa. El pretendiente de la casa de Austria pierde su causa por haber re-

currido á tan abominables recursos. El descubrimiento del proyectado asesinato producirá general indignación. Espero á los dos caballeros españoles que visteis con el Rey, y no me sorprendería que os confiaran alguna misión importante, porque van á enviarse correos para seguir el asunto hasta Roma, Florencia y Parma, donde existen ramificaciones.

En efecto; poco después llegaron los ministros, manifestando al embajador que habían sabido por uno de los conjurados que el barón de Isola, enviado por la corte de Viena á Roma, era el alma de la conspiración. El Rey quería averiguar las intrigas de dicho barón por medio del embajador de España cerca de Clemente XI; pero necesitaba para ello una persona desconocida que pudiera llegar al Vaticano sin despertar sospechas, y que al mismo tiempo fuera activo, á fin de que el registro y el arresto se llevaran á cabo antes de que llegara á Roma la noticia del desbrimiento del complot. Se le daban despachos para diversas personas, un nombramiento de ministro, y poderes extraordinarios con el sello, y la firma de Felipe V, acompañado de un rollo que contenía doscientos luises de oro. Las instrucciones verbales que debían dar ambos ministros no habían terminado aún, cuando un coche de viaje tirado por tres caballos entró en el patio de palacio.

—¡Adiós, amigo mío!—dijo el señor de Marchán á Juan.—Tengo la seguridad de que haréis maravillas. Caed en Roma como una bomba, y sed servicial. Tendré un placer especial en contribuir á vuestra fortuna; pero no olvidéis que, sirviendo al rey de España, me servís á mí.

Y nuestro caballero, convertido así en ministro, subió al coche, y partió. Como debía fingir que viajaba

por gusto, pasó por su alojamiento de la calle de Chiala, tomó su equipaje, y dispuso que su criado fuera con él á Roma; pagó su cuenta, y dió orden al postillón de que fuera vivo.

La noche estaba sombría y el cielo cargado de nubes. Al salir por la puerta *Capuana*, se dejaron sentir truenos, y relampagueaba de una manera espantosa. Juan bajó un cristal, y miró al postillón, que guiaba, impávido, sus caballos con infernal rapidez. El criado lanzaba en su sitio gritos agudos; pero como éstos, en vez de detener á los caballos, parecían animarlos en su carrera, sus gritos se convirtieron en lamentos quejumbrosos, acompañados de persignaciones, que sólo consiguieron acelerar la vertiginosa carrera.

El carruaje se detuvo al fin; el criado saltó en tierra, y abriendo la portezuela, suplicó á su amo que no volviera á meterse en aquella máquina embrujada.

—¿Dónde estamos?—preguntó nuestro caballero.

—En Mola di Gaeta.

—¿Es posible? ¡Hemos recorrido cinco postas en menos de dos horas, y con los mismos caballos!

—¿Eso os sorprende?—dijo el postillón.—Si vuestra excelencia lo hubiera dispuesto, le habría llevado de una tirada hata Terracina, y quizás más lejos.

Mirando bien al que así hablaba, Juan comprendió que no era un postillón ordinario, y creyó reconocer en él á alguien que había visto anteriormente: su estatura, su sonrisa y el brillo fosforescente de sus ojos, le daban á entender que era un ser del mismo orden que Potamogeiton.

—Tu rostro no me es desconocido—dijo Juan.

—Tuve el honor de viajar por mar con vuestra excelencia en la travesía de Port-Vendres: yo era uno de los tripulantes del bergantín.

—Veo que eres tan buen cochero como marino.

—Hay que saber de todo, excelencia.

—¿Podrás conducirme hasta Roma al paso que hemos venido hasta aquí?

—Mis caballos y yo no podemos rehusar nada á vuestra excelencia. ¿Dónde quiere bajar el caballero? ¿En la embajada de España tal vez?

—¿Quién te ha dicho eso?—exclamó Juan.

—No temáis, excelencia: vuestros secretos están seguros; no los he oído en ninguna antesala.

—Monseñor—dijo el lacayo napolitano,—en nombre de la Madona, no os metáis otra vez en este maldito carruaje guiado por caballos poseídos. Este postillón tiene algo de *jetattore*, y es muy peligroso pasar de noche por las rocas de Terracina, porque hay muchos bandidos. Disponed, al menos, que nos detengamos en Fondí, donde hay mujeres hermosísimas, las más bellas de Italia, muy amables, por cierto; y si el señor quiere que salude á alguna en su nombre...

—¡Calla, maldito—interrumpió Juan,—y partamos al momento!

El postillón saltó sobre el caballo, el lacayo subió á su asiento con visible disgusto, y el carruaje partió á triple galope; media hora después pasaba por Fondí y por las montañas tan temidas de los italianos.

Al pasar por las calles de Terracina, las piedras despedían millares de chispas al choque de las herraduras, y poco después el coche entraba en la calzada romana que atraviesa las lagunas pontinas.

Juan sacó la cabeza por la portezuela, y, viendo las inmediaciones inundadas, los canales y las plantas acuáticas, saludó los dominios de su protectora.

Empezaba á percibirse un matiz sonrosado por Oriente cuando nuestro caballero salió de las lagunas pon-